



En la historia de la Iglesia, pocas figuras combinan una profundidad espiritual con una influencia histórica tan decisiva como San Bernardo de Claraval. Su dulzura, su ascética firme y su claridad teológica no solo transformaron la vida monástica en el siglo XII, sino que también marcaron un antes y un después en la defensa de la fe. Entre sus muchas contribuciones, quizás una de las más fascinantes y menos comprendidas sea su papel en la legitimación de los Caballeros Templarios, esa “milicia de Cristo” que surgió como respuesta a los desafíos espirituales y temporales de la cristiandad medieval.

Este artículo busca explorar no solo la historia de San Bernardo y los Templarios, sino también el sentido teológico de su acción y sus implicaciones prácticas para la vida espiritual de hoy.

1. Contexto histórico: La cruzada y el surgimiento de los Templarios

En el año 1095, el Papa Urbano II convocó la Primera Cruzada en Clermont, Francia, con el objetivo de recuperar los Santos Lugares de Jerusalén. La idea de defender Tierra Santa no era solo militar: era, ante todo, espiritual. Los peregrinos que viajaban al Santo Sepulcro estaban en constante peligro por bandidos y soldados hostiles. Fue en este contexto que surgieron los primeros caballeros que decidieron dedicar sus armas a la protección de los cristianos, adoptando una vida religiosa que combinaba oración y combate. Así nacieron los Caballeros del Templo, conocidos popularmente como Templarios, hacia 1119.

Aún así, esta idea planteaba un dilema radical: ¿cómo justificar teológicamente la violencia dentro de la vida cristiana? La Iglesia siempre había sostenido que el homicidio voluntario era pecado grave, y la guerra, salvo en casos muy específicos, debía ser moralmente regulada. Aquí es donde entra San Bernardo de Claraval.

2. San Bernardo: el santo de la dulzura

Bernardo de Claraval (1090-1153) fue un monje cisterciense cuya espiritualidad influyó profundamente en la Iglesia de su tiempo. Su apelativo, “el santo de la dulzura”, refleja no solo su carácter personal, sino también la manera en que defendía la verdad con misericordia



y caridad. Fue un reformador incansable, predicador de la Segunda Cruzada y consejero de papas y reyes. Su enfoque espiritual se centraba en la perfección del amor a Dios y en la imitación de Cristo.

En 1129, San Bernardo redactó y promovió la **Regla de los Caballeros del Temple**, la primera formulación espiritual de esta milicia. Lo hizo en el **Concilio de Troyes**, reuniendo la autoridad eclesiástica necesaria para otorgar legitimidad a esta peculiar forma de vida cristiana que unía la oración con el combate.

3. La justificación teológica de los Templarios

San Bernardo no veía a los Templarios como simples guerreros; los veía como instrumentos de la providencia divina. Su argumento central era que la defensa del peregrino y de los Santos Lugares constituía un acto de caridad y obediencia a Dios, no de ambición personal o sed de sangre. Como él mismo escribió:

“Quien con la espada defiende el templo de Dios y protege a los peregrinos, con ello cumple una obra de misericordia, y su espada es instrumento del amor divino.”

Este enfoque se basaba en principios claros:

1. **La guerra justa al servicio de la fe:** Inspirado en la doctrina de la guerra justa de San Agustín, Bernardo reconocía que la defensa de los inocentes y de los lugares sagrados podía ser moralmente lícita si estaba orientada al bien y no a intereses personales.
2. **La espiritualización de la milicia:** Los Templarios debían vivir como monjes: obediencia, castidad y pobreza, combinados con la defensa armada. Su lucha no era por fama o fortuna, sino por la gloria de Dios.
3. **La protección de los peregrinos como obra de misericordia:** Cuidar a los viajeros hacia Tierra Santa era un acto de caridad activa, y la espada podía ser usada como extensión de la caridad, defendiendo a los vulnerables.
4. **La obediencia a la Iglesia:** San Bernardo insistía en que los Templarios estaban sujetos a la autoridad del Papa, asegurando que la fuerza militar siempre estuviera



subordinada a la ley divina y eclesiástica.

4. Las 3 dimensiones de la «milicia de Cristo»

San Bernardo conceptualizó la vida templaria en tres niveles complementarios:

a) Dimensión espiritual

Los Templarios practicaban oración constante y asistencia a la Misa diaria. Bernardo les enseñó que sin vida interior profunda, toda acción exterior carece de mérito ante Dios. Su espiritualidad estaba basada en el Salmo 144:1:

“Bendito sea el Señor, mi roca, que adiestra mis manos para la guerra y mis dedos para la batalla.”

Este pasaje reflejaba la síntesis que Bernardo hacía entre combate físico y fortaleza espiritual.

b) Dimensión militar

La defensa de los Santos Lugares y de los peregrinos justificaba la formación militar. Pero no se trataba de guerra agresiva: era **protección y disciplina**, siempre al servicio de la justicia y de la Iglesia.

c) Dimensión pastoral

Los templarios debían ser ejemplo moral y guía para los cristianos, promoviendo la justicia, la piedad y el orden social. Su existencia recordaba a la cristiandad que la fe podía involucrar toda la vida humana, incluso la protección física de los demás.



5. Relevancia teológica actual

Aunque los Templarios desaparecieron oficialmente en 1312, la enseñanza de San Bernardo conserva una relevancia profunda para hoy:

1. **La integración de acción y contemplación:** La espiritualidad no se limita a la oración pasiva; implica actuar en el mundo con rectitud. Cada cristiano está llamado a ser “templario” en su propio contexto: defender la verdad, proteger a los vulnerables y servir al bien común.
 2. **El papel del discernimiento moral:** San Bernardo nos recuerda que no toda acción poderosa o influente es legítima. La fuerza debe estar subordinada a la justicia, la caridad y la autoridad de Dios.
 3. **La dimensión sacramental y comunitaria:** Así como los Templarios vivían en comunidad y en obediencia, la vida cristiana actual requiere participación activa en la Iglesia y los sacramentos para orientar correctamente nuestras acciones.
-

6. Guía práctica teológica y pastoral

Inspirados por la enseñanza de San Bernardo, podemos aplicar principios templarios de manera espiritual y práctica en nuestra vida diaria:

a) Defensa de la fe

- Educarse en la doctrina y la Escritura para poder “defender con mansedumbre la fe que está en nosotros” (1 Pedro 3:15).
- No temer el compromiso en ámbitos de justicia, verdad y defensa de los más vulnerables.

b) Disciplina personal

- Practicar la obediencia y la humildad en la vida cotidiana.
- Fomentar la castidad y la sobriedad en los hábitos modernos: redes sociales, entretenimiento, relaciones.

c) Caridad activa

- Buscar oportunidades concretas de proteger y servir a quienes más lo necesitan.



- Considerar la “lucha espiritual” como parte del servicio cotidiano: combate contra la injusticia, la mentira y el egoísmo.

d) Comunidad y espiritualidad

- Integrarse en grupos de oración, formación y servicio.
- Tomar los sacramentos como la fuente principal de fortaleza para cualquier acción buena.

7. Conclusión

San Bernardo, con su dulzura y sabiduría, nos enseñó que la verdadera fuerza cristiana combina contemplación, obediencia y acción justa. Los Templarios, lejos de ser simples guerreros, fueron un ejemplo vivo de cómo la fe puede moldear incluso la espada más poderosa para servir al amor de Dios y al bien del prójimo.

Hoy, aunque no empuñemos armas, estamos llamados a ser templarios espirituales: defensores de la verdad, guardianes de la justicia y siervos de la caridad, siguiendo el camino que San Bernardo nos mostró hace casi mil años. Como escribió el Apóstol:

“Sed fuertes en el Señor y en la fuerza de su poder” (Efesios 6:10), recordándonos que nuestra armadura más poderosa es la fe y la virtud.

San Bernardo nos enseña que toda vida cristiana puede ser una “milicia de Cristo”, no con espada, sino con corazón dispuesto, mano servicial y alma entregada al Señor.